

EL

SABADO

de

EL MERCURIO



Emma, la mamá de Ricardo

■ Canal de Panamá
Bye bye, tío Sam

■ El drama del estero Las Cruces
Vivir en la inmundicia

Su Historia

Cuando doña Emma cumplió cien años, la familia decidió que dejara su casa de la calle Manuel Montt, donde vivía desde 1946, y se cambiara al departamento contiguo al de los Lagos Durán.

EMMA ESCOBAR MORALES

La mamá de Ricardo

Tiene 103 años y una lucidez que se quisiera cualquiera. Su vida es el relato de un empeño: el de instalar a su adorado hijo en la cima de la vida republicana. Radical, laica, poco dada a la zalamería, ha sido más tiempo madre viuda que mujer casada. Conocer los hechos de su existencia tal vez sea la mejor manera de comprender al hombre tras el candidato de la Concertación.

POR XIMENA TORRES CAUTIVO

La presidencia de la República o la rectoría de la Universidad de Chile, con una leve preferencia por esta última posibilidad laboral, fueron desde siempre los destinos que doña Emma Escobar Morales trazó para Ricardo, su único y tardío hijo.

Hubo sí una etapa de su vida, a fines de los años 40, cuando él destacaba por su precocidad intelectual en los últimos cursos de las humanidades en el Instituto Nacional, que ella pareció privilegiar lo primero y lo presentaba como “mi hijo, que será presidente de la República”.

Hoy, a sus 103 años, esa frase ha dejado de sonar a la clásica chochera de mamá viuda y devota de su retoño y tiene serias posibilidades de transformarse en una profecía cumplida. Así al menos lo señalan las encuestas y ella, pese a su avanzada edad, parece tenerlo más o menos claro. De ahí que, con una suerte de insomnio clarividente, a las cuatro de la madrugada del pasado 30 de mayo, doña Emma saltara de la cama preguntando si ya era hora de partir a votar en las primarias, según cuenta Francisca Lagos Durán, la Panchita, su nieta menor, quien a eso de las diez de esa mañana la acompañó al Estadio Nacional a depositar su voto.

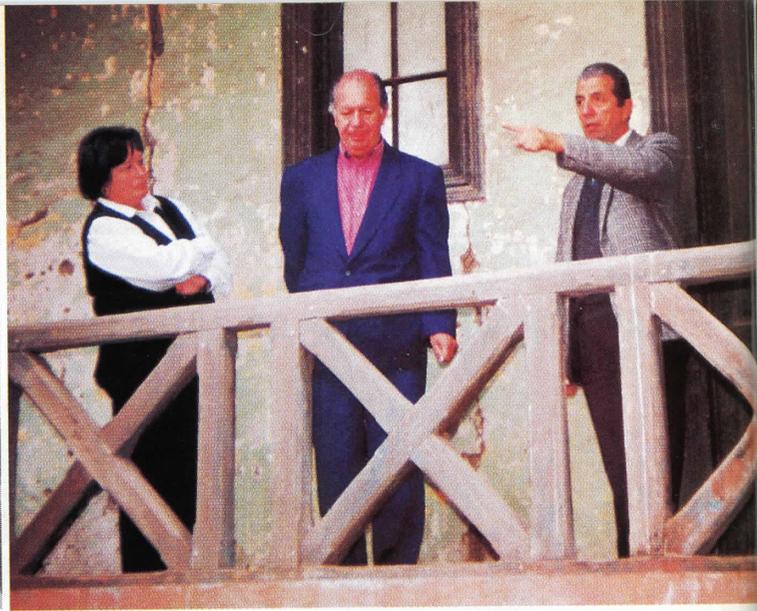
Allí, sin demasiado respeto por su silla de ruedas, se le abalanzó la prensa con su para cualquiera apabullante parafernalia de cámaras, luces, flashes y micrófonos. Pero ella, sin dejarse amilanar, declaró que ambos precandidatos le parecían estupendos, y, acto seguido, con una ironía ladina de cuño campesino, agregó: “Aunque no sé por qué yo prefiero a mi hijo”.

Sus parientes de Rengo, entre ellos su sobrino Hugo Escobar Salazar, la habían visitado justo una semana antes, el 21 de mayo, en la víspera de su centésimo tercer cumpleaños; doña Emma nació en ese pueblo un 22 de mayo de 1896. Entonces le escucharon decir que estaba segura de las posibilidades de su hijo, pero que “le tenía mucho miedo a la decé”.

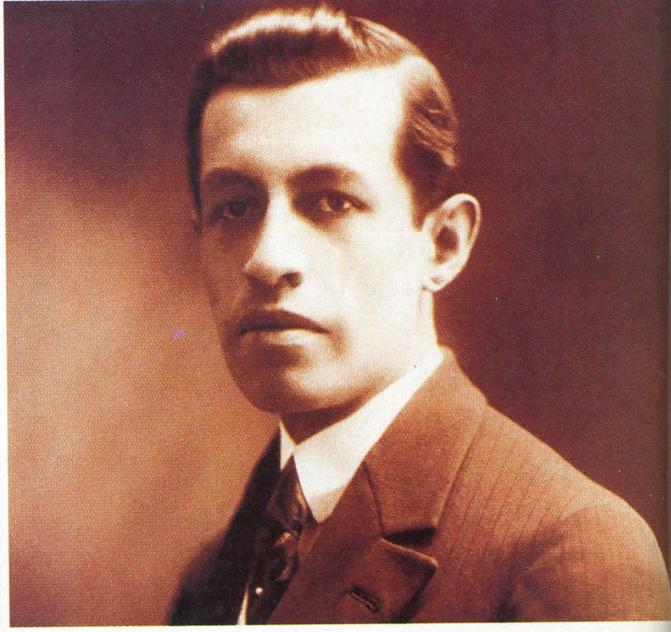
A pesar de que la solícita Panchita dice que uno de cada diez días su abuela amanece un poco confusa, con respecto a la carrera que está corriendo su hijo jamás se pierde. Así como tampoco abandona, más que la coquetería —ese nunca fue su estilo—, la compostura. Eso de lucir correcta, digna, circunspecta, tan arraigado en la cultura de pueblo de la zona central de Chile como el pan con palta a la hora del té. De ahí que ese día de las primarias sorprendiera a los Escobar Salazar que la vieron por televisión con un peinado impecable que le restaba varias décadas. También se desconcertaron quienes la habían conocido como la viejecita de pelo cano que apareció en la revista *Ya* hace unos meses dando cuenta de este siglo agonizante que ella vivió entero.

—Ese día de las primarias la tía Emma estrenó una peluca linda, de un tono castaño maravilloso y muy natural. Se veía radiante. Hasta hace poco ella solía usar una más clara, que a uno de nuestros nietos menores le llamaba mucho la atención, porque creía que estaba hecha de manjar blanco— cuenta Ana, la esposa de su sobrino Hugo.

Pero Emma Escobar Morales no tiene nada de manjar blanco. Por el contrario, todo indica que siempre fue una mujer firme de carác-



En la quinta del tío Alberto, en pleno Rengo de 1910, los hermanos Escobar Morales posan junto a otros familiares. Doña Emma es la muchacha de pollera oscura, pañoleta al cuello y chasquilla. Apoyado a la izquierda de la escalera, el tío Ernesto. A la derecha, Ricardo y Luisa Durán en la misma casa de Rengo, en lo que queda de la quinta. Con ellos, Hugo Escobar Salazar.



A la izquierda: Froilán Lagos, con quien la señora Emma alcanzó a estar 25 años casada. Al centro, ella, y a la derecha, Ernesto Escobar, su hermano, diputado en los años 20, quien incentivó en Ricardo la pasión por la vida pública.

ter, pragmática, trabajadora, exigente y estricta, tanto con ella misma como con los demás, en especial con su hijo. Poco dada a los regalones filiales y menos a los romances pasionales. Buena para los negocios; no administró mal lo que recibió al enviudar e hizo carrera como corredora de sus propias propiedades, un punto de afinidad con Luisa Durán, su actual nuera, conocida en el mundo del corretaje. Fue también una adelantada para su época, aunque nunca tanto como su hermana Fresia, quien trabajó activamente junto a Amanda Labarca por conseguir el voto femenino y llegó a convertirse en alcaldesa de la comuna de La Granja cuando las mujeres brillaban por su ausencia mucho más que ahora en la vida pública. Emma y Fresia, con la ayuda de Ernesto, el hermano político, formaron a Ricardito con un norte claro: La Moneda, aunque ellos, por supuesto, habrían querido que el niño hubiera entra-

do al palacio enarbolando la bandera del partido de los Escobar, el Radical.

DOS INFAMIAS

“Yo tengo un hijo abogado y pedagogo, una hija profesora, una parvularia y una sabihonda”, cuentan que decía Ricardo Escobar, el padre de doña Emma, acerca de los méritos de cuatro de sus seis hijos.

La sabihonda no era otra que Emma, la única que al final no sacó título profesional, pero que salió del Conservatorio con los conocimientos necesarios para trabajar durante sus largos años de niña soltera en la casa paterna como profesora de piano. Los Escobar habían dejado su Rengo natal, donde la familia de Margarita Morales, su madre, tenía prestigio y solvencia económica. Los Morales eran dueños de un fundo, que todo el mundo conocía como “La Mora-

lina”, no por una cuestión de valores, sino por una derivación del apellido. “Los Escobar, en cambio”, dice Hugo, el sobrino, “nunca han sido gente de fortuna”. Pero la guerra civil de 1891 lo trastornó todo. Los hermanos de Ricardo y varios de Margarita se enrolaron en el Batallón Cívico Caupolicán y lucharon por defender el gobierno y las convicciones del presidente José Manuel Balmaceda, recuerda Hugo Escobar, mostrando las fotos de sus parientes en tenida militar.

En *El libro de Lagos*, la periodista Patricia Politzer escribe a propósito: “Los balmacedistas de la familia perdieron no sólo la guerra civil sino también la prosperidad.

“Fueron años duros. El bienestar del que disfrutaban cuando don Ricardo era agente del banco Caupolicán de Rengo, estaba muy lejos de lo que podía permitirse como contador de la firma Williamson Balfour. Apenas

alcanzaba para arrendar una casa pequeña en la plaza Brasil.

“Los Escobar Morales pasaron a integrar esa creciente clase media en la que convergían los pobres que subían y los caballeros empobrecidos. En la familia las cosas estaban claras: hombres y mujeres debían estudiar, se votaba por los candidatos progresistas que encarnaban el cambio y se mantenía siempre el buen gusto: tocar el piano, disfrutar de la buena literatura, incorporar el tenis, que se jugaba en la cercana Quinta Normal”.

Cuando Emma tenía quince años, don Ricardo decidió sacarla del Liceo de Niñas N° 1 donde estudiaba para que se concentrara en sus estudios de piano. Ella no puso reparos. En *Lagos, el hombre-el político*, la biografía escrita por los periodistas Diana Massis y Guillermo Hidalgo, próxima a aparecer bajo el sello de Planeta, se lee:

“A partir de ese momento tuvo más tiempo para recorrer la casa y escuchar las oscuras profecías de sus hermanos, mientras su juventud empezaba a esfumarse: ‘Tú no te vas a casar nunca’, le decía su hermano menor, Ernesto. Y eso que habría provocado llanto en cualquier otra muchacha de su tiempo, a Emma no sólo le causaba un poco de risa sino que además lo aceptaba como una realidad, sin molestia. Era una niña crítica de todo lo que pasaba, y en aquel tiempo



LA ABUELA ALEMANA DE DOÑA EMMA, DE APELLIDO VOGEL, EXPLICA EL AZUL DE SUS OJOS. PERO LA MAMÁ DE LAGOS ES BÁSICAMENTE UN PRODUCTO DEL RENGÓ DE FINES DE SIGLO, EL QUE DEBIERON DEJAR CUANDO LA GUERRA CIVIL DE 1891 DESBARATÓ LA PROSPERIDAD DE LOS BALMACEDISTAS DE LA FAMILIA.

era muy difícil que algún hombre se interesara por una joven que todo lo desarmaba con sus análisis”.

Austera como ha sido (“Siempre me dijo que era un privilegiado por tener casa, comida y ropa limpia y que, por lo tanto, tenía que ser muy estudioso y cumplir con mi deber”, declaró Lagos a Patricia Politzer, dejando claro este rasgo materno), doña Emma daba clases de piano para ayudar a la casa y cubrir sus escasos gastos. Entre sus alumnos estaban los cinco hijos de Froilán Lagos, un agricultor viudo y cincuentón, dueño de un fundo en La Florida, que entonces era puros potreros y no la comuna más grande y de crecimiento más explosivo del país.

Massis e Hidalgo en su biografía, que no ha sido del gusto del actual candidato presidencial de la Concertación, cuentan que Emma y Froilán coincidieron en una fiesta en 1924, cuando ella tenía 28 y él más de 60. Que él le habría dicho que no había pensado en volver a casarse porque “a mí me gusta probarme los zapatos antes de comprarlos”, lo que ella habría considerado un atrevimiento, pero no un punto en contra del viudo.

Ese mismo año se casaron, sin que los hijos de Froilán mostraran ningún entusiasmo por la unión de su padre y una joven que estaba más cerca de parecer una hermana

“Hablemos de Ricardito”

“**N**o me cabe en la cabeza que Ricardito vaya a ser Presidente de Chile, aunque parece que sí”, dice la señora Emma, olvidando que hace cincuenta años lo daba por sentado. “Si sale, le quiero pedir una sola cosa, una, porque no soy pedigüña. Le quiero pedir que todos los trenes en Chile sean eléctricos. Todos”.

La señora Emma está sentada en el living de su departamento. Su presencia es imponente, aunque debe ser por los años, porque asegura que antes lo era más. No se complica cuando le preguntamos un par de cosas. Habla de los suyos, de que tocaba el piano más lindo que nadie y, por supuesto, de su único y, como dice ella, “adorado hijo”.

“Ricardo es un hombre muy bueno, muy correcto, a veces un poco enojón, pero no es rencoroso. Es incapaz de mentir, de engañar a alguien. Jamás lo he visto en un disgusto serio. Para él no hay ricos ni pobres, a todos los trata igual. De mí sacó la energía, la capacidad de hacer y organizar. La rigurosidad también le viene de mí y, lo que más, lo parlanchín. Somos buenos para conversar, eso es lo que pasa. Nos gusta pasarlo

bien. De su padre tiene la generosidad, el gusto por la política.

“Froilán, mi marido, era un alma de Dios. Hombre más bueno y bondadoso no ha existido. Dicen que era feo, pero no, era muy buenmozo. Antes de él me rondaron muchos chiquillos, pero eran todos pobres. Quizá por eso me demoré en casarme. Froilán tenía plata y además era generoso. Lo único malo eran sus hijos. Eran todos más grandes que yo y bastante malos conmigo. Yo era como el diablo para ellos, pero no hablemos de esos chiquillos porfiados. Hablemos de Ricardito. ¿Sabes tú que todos los días viene a saludarme? Lo único raro es que siempre me queda mirando fijo, entonces yo le pregunto: ¿Es que acaso tengo más arrugas? No, mamá, me dice, y ahí me acuerde que tengo 103 años. Lo que pasa es que yo no me había contado la edad. Me quedé en los 80. Un día, no hace mucho, me di cuenta de que ya tenía más de cien. Esa mañana me quedé en la cama pensando cómo había pasado el tiempo y ¡por Dios que ha pasado!”.

Francisca Subercaseaux

que una madrastra. Poco, casi ningún contacto tuvieron y ciertamente no hicieron familia.

A poco de casados, don Froilán enfermó y paulatinamente fue quedando postrado. De ahí que el embarazo de doña Emma, tras catorce años de matrimonio y cuando ya superaba los 40, fuera una sorpresa para todos. Este aspecto es el que más tela ha dado para cortar, desde los malintencionados comentarios de quienes han puesto en duda la paternidad del enfermo marido hasta los que han cargado las tintas al episodio en que doña Emma recibe el anuncio de que espera un niño, sugiriendo que ella habría dicho que si la guagua nacía mal, prefería no saber nada. Su nieta Francisca se molesta especialmente con este punto:

—Ella nunca pensó en no tener a mi papá. Esa es una historia mal contada, distorsionada. Ella, como cualquier mujer consciente y educada, conocía los riesgos de ser madre a

monito de zoológico”, dicen que dijo en la Clínica Carolina Freire frente al que es su único y adorado hijo. Flaco y menudo, proclive a las amigdalitis, el niño obligó a Emma a trasladarse del centro a los entonces extramuros de la ciudad. Compró una gran casona en la calle Manuel Montt, cerca de la Escuela de Carabineros, donde instaló a su esposo enfermo y abrió las puertas a sus hermanos, con los que siempre mantuvo estrechas relaciones.

—De repente la tía se apena y reniega y dice por qué yo sigo aquí cuando ya se han ido todos: Fresia, Humberto, Ernesto, Leontina— cuenta Ana de Escobar.

Ricardo Lagos, quien prácticamente no conoció a su padre, más allá de divisarlo en su postración, tenía ocho años, en 1946, cuando don Froilán murió.

Su madre quedó como única heredera del campo de la Florida, el que pronto subdividió y vendió. “La tía tenía varios departamentos en Santiago, los que administraba muy bien”,

que en las piscinas del hotel. Quizás allí volvía a sentirse la quinceañera de enormes ojos azules heredados de su abuela alemana que vemos en una antigua foto, posando junto a sus hermanos en “la quinta del tío Alberto”, ubicada en pleno centro de Rengo.

En Santiago y con la ayuda de sus hermanos, Emma se preocupaba de la formación intelectual de su hijo. También la ayudaban los ejemplos de los personajes que ella admiraba y de los cuales tenía colgados retratos en la casa: Franklin Delano Roosevelt, Woodrow Wilson, amén de Gandhi y Tito, revelan los periodistas Massis e Hidalgo en *Lagos, el hombre-el político*. Además escriben: “Pero a Emma Escobar, a pesar de sus actitudes modernas, no terminaba de gustarle el nuevo colegio (el Manuel de Salas). Le parecía que había un exceso de libertad, lo que dedujo de un par de ocasiones en que vio a jóvenes parejas abrazadas bajo los árboles de las afueras del establecimiento. Para ella eso era

A POCO DE CASADOS, DON FROILÁN ENFERMÓ Y PAULATINAMENTE FUE QUEDANDO POSTRADO. DE AHÍ QUE EL EMBARAZO DE DOÑA EMMA, TRAS CATORCE AÑOS DE MATRIMONIO Y CUANDO YA SUPERABA LOS 40, FUERA UNA SORPRESA PARA TODOS.

esa edad, y preguntó lo que correspondía. Era natural que lo hiciera, pero jamás dudó en tenerlo.

Él, en sus confesiones a Patricia Politzer, en *El libro de Lagos* tocó el otro tema, el que pone en duda de quién es hijo y pretende atribuírselo a Arturo Alessandri, gran amigo de su tío Ernesto Escobar:

“Me dolió por mi madre. Ella fue siempre una mujer muy íntegra y, como le he dicho en otros momentos, una persona con una moral muy estricta no sólo en el pensamiento sino en la práctica. Afortunadamente creo que no se enteró. En todo caso, los que echaron a correr esa infamia conocían bien la relación de mi familia con los Alessandri”.

LÁGRIMAS CONTENIDAS

Hasta el historiador Gonzalo Vial pone en boca de doña Emma un lapidario juicio frente a la escuálida criatura que el 2 de marzo de 1938 depositaron en sus brazos: “Parece un

comenta Hugo, el sobrino. En 1952, por ejemplo, Emma compró un terreno en Quintero. Antes, había sido Llo Lleo el lugar de vacaciones de madre e hijo. Fue allí donde está ambientado el recuerdo más sensible de lo que fue esta relación sin demasiadas manifestaciones amorosas visibles. Así lo contó él en esa larga entrevista que es *El libro de Lagos*: “Salíamos a caminar por un bosque, tomados de la mano, la mía estirada hacía arriba para alcanzar la suya, y ella me contaba historias, me explicaba cosas del mundo. Esos paseos me dan la sensación de plenitud... debo haber sido bien chico, porque después vendió esa casa y se compró un sitio en Quintero, donde pasé los veranos de mi adolescencia”.

Los que la conocen cuentan que mucho más que la playa, lo que a ella le encantaba eran las Termas del Flaco, próximas a los campos de su infancia. Le gustaba ir a una sencilla residencial —Yolita podría ser el nombre—, y bañarse en los pozones rústicos, mucho más

sinónimo de despreocupación y falta de seriedad a las que su hijo no debía exponerse”.

El propio Ricardo Lagos ha dicho de esta estrictez materna: “Por más librepensadora que sea, a mi madre le cuesta mucho entender el divorcio”. Y no es por reparos religiosos, porque doña Emma no es una mujer de iglesia. Laica, como toda su familia, cuando finalmente sacó a su hijo del Manuel de Salas y, con ayuda de Fresia, su hermana que por entonces era alcaldesa de La Granja, logró matricularlo en el Instituto Nacional, pidió en forma expresa que no asistiera al ramo de religión. Al final, Ricardo lo hizo igual; era mejor eso que vagar por los fríos pasillos sin nada que hacer.

Sin el consuelo que otorga la fe, debe haber resultado durísimo para doña Emma afrontar la seguidilla de muertes que el año 1949 —el mismo en que se logró el voto femenino en Chile por el que ella luchó— cayó sobre la familia. Fresia, su hermana mayor, fue asesinada en un acto literalmente de locura por su

"Si Ricardo sale presidente, le quiero pedir una sola cosa, una, porque no soy pedigüña. Que todos los trenes en Chile sean eléctricos. Todos".





En el restaurante Entre Ríos de Santiago, celebrando sus cien años, junto a sus parientes. Doña Emma nació un 22 de mayo de 1896. Es tradición familiar que ese día lo pase sólo con la familia de su hijo.

marido en la misma municipalidad de La Granja, y su hermano Humberto murió en un accidente de tránsito.

Ella debe haberse tragado las lágrimas. Su hijo ha dicho: “Mi madre fue una mujer de mucha personalidad, muy emprendedora y, por cierto, muy autosuficiente”. Y también: “Era muy exigente, poco cariñosa en el sentido de demostraciones o arrumacos. Estaba consciente que un niño de madre viuda podría ser un niño apollorado, por lo tanto, sentía que debía ser severa para hacerme bien hombrecito, como decía ella”.

El mismo principio se debe haber autoimpuesto: ser bien mujercita. Cuando su hijo levantó el vuelo, se casó y se fue a estudiar lejos, ella ni chistó; cuando volvió separado, se enamoró y armó una segunda familia, tampoco; cuando entró en política de frentón, levantando el famoso dedo, y fue detenido después del atentado a Pinochet, menos. Todo lo contempló desde su casona de Manuel Montt, a la sombra de una palmera que ya no existe.

Tal como fue viendo casarse a todos sus hermanos en la casa paterna de la plaza Brasil, los ha visto irse de a uno en uno de esta vida. Ernesto, el menor, el que fue como un padre

**DEBE HABER RESULTADO
DURÍSIMO PARA DOÑA EMMA
AFRONTAR LA SEGUIDILLA DE
MUERTES QUE EL AÑO 1949
CAYÓ SOBRE LA FAMILIA.
FRESIA, SU HERMANA
MAYOR, FUE ASESINADA EN
UN ACTO DE LOCURA POR SU
MARIDO, Y SU HERMANO
HUMBERTO MURIÓ EN UN
ACCIDENTE DE TRÁNSITO.**

para su hijo, partió el 84. Leontina hace poco más de un par de años. Ella sigue en pie. Para su cumpleaños número cien, su hijo consideró que la calidad de vida de todos mejoraría si la trasladaban a vivir al mismo edificio de ellos. Así sus religiosas visitas diarias —por la mañana y por la tarde— se facilitarían, y todos estarían más tranquilos. El médico aprobó el traslado y allí está, viendo crecer a Alejandro, el hijo de la nana en el que probablemente debe ver reflejado al flacuchento Ricardo cuando era niño. Y a cargo de Francisca, su nieta, a la

que cuadruplica de sobra la edad. “Siempre tuve una abuela viejita”, dice ésta.

Cuando la periodista Ana María Egert le pidió a doña Emma que repasara el siglo para la revista *Ya*, su balance no fue muy auspicioso: se declaró angustiada por la delincuencia, por la pobreza, por la lentitud de los progresos en materia social, por la insensibilidad y la falta de humildad de la medicina moderna, por la polución que a ella en lo personal le provoca bronquitis. Entre lo positivo rescató el voto femenino, el papel de la mujer en la sociedad actual. De sí misma dijo que, dado que provenía de una familia trabajadora, preocupada de la educación y entregada al progreso, no le había quedado otra que progresar.

En rigor, la historia de Emma Escobar Morales es el relato de un empeño tenaz por lograr no sólo que su hijo saliera adelante, sino que llegara a ocupar lo que para una radical son los puestos más significativos de la esencia republicana: dirigir la principal universidad del país y ocupar el más alto cargo de eso que se conoce como servicio público, la Presidencia.

En eso está. Decidida a contemplar su logro. Y para hacerlo sería capaz de presentar el comienzo de un tercer siglo. ■